

DANZA Y RELIGIÓN

Padre Pedro José Ynaraja Díaz

En el inicio de las culturas propias, cuando el humano se refugiaba en las hendiduras de las rocas que se lo permitían, el brujo, mago o sacerdote, como quiera llamársele, conservador de las leyendas, de las propiedades medicinales de las plantas y conocedor de remedios primitivos, encargado de rendir honor al ser o a los seres superiores en nombre de la tribu, ejercía públicamente esta función danzando, expresión de belleza y misterio, de adoración y de súplica.

Con cierto atrevimiento y arriesgando intuiciones, se puede afirmar que los recuerdos de estas prácticas se conservan entre nosotros en la institución de los seis de Sevilla. Danza ante el Santísimo, sin otra pretensión que la de ofrecer belleza a Dios.

El régimen de los monumentos cristianos y sus ritos en Tierra Santa, se rige por el Statu quo que dejaron los ingleses. De acuerdo con ello la basílica del Santo Sepulcro se abre antes del amanecer, creo recordar que a las 4 de la mañana. Si un latino desea celebrar misa en el recinto mismo del Sepulcro debe si puede, atenerse a tal norma. Lo he conseguido más de una vez. En una ocasión esperaba yo que se abriera la puerta y no era el único que allí estaba. En la penumbra esperábamos unos cuantos a que se abriera la puerta, cuando llegó una figura femenina de tez tan oscura como la del ámbito en el que estábamos sumergidos. Nosotros, creo que todos, rezábamos en nuestro interior, ella, sin decir nada a nadie, se puso a danzar. Su ritmo era lento, envuelta en su túnica, sus movimientos se intuía que significaban admiración, adoración, súplica. Por fin se abrió la puerta y desapareció. Su danza sin duda, fue sagrada, me supo a salmo mudo de alabanza.

En Roma, durante el Jubileo 2000, entre las diferentes misas que los países celebraron con la máxima solemnidad, de acuerdo con la liturgia sí, pero adornado con costumbres propias, en más de una ocasión se adornó el rito del ofertorio, con danzas multiseculares. Sorprendió el testimonio del pueblo maorí, por su ritmo, por su melodía y por su atuendo, su mínimo atuendo. La belleza del cuerpo humano, obra culmen de Dios, no se debía ocultar, parecía que nos estaban diciendo aquellos nativos de la lejana Nueva Zelanda.

Hace años, vino por la Llobeta un "esbart dansaire infantil". Les propuse que se expresaran en la misa tal como eran, les gustó la idea y la cumplieron felices. Su danza fue muy simple. Tres chicos y tres chicas con su traje regional y una rosa en la mano cada uno, al son no sé si de la gralla o del flabiol, se fueron acercando al altar hasta depositar sobre él las seis flores que llevaban. (continuaré)

.

--